

FORUM EUROPA

D. José Blanco

Ministro de Fomento y Vicesecretario General del PSOE

Madrid, 14 de abril de 2010

Con el patrocinio de

Don José Blanco, Ministro de Fomento y Vicesecretario General del PSOE

La situación económica comienza a mostrar signos de recuperación. Algunas cifras muestran una tendencia evidente a la mejoría. El comportamiento de nuestras exportaciones ha mejorado en los últimos meses.

El tráfico de mercancías de nuestros puertos se ha incrementado en un 2,8% en enero y febrero.

El tráfico en los aeropuertos ha crecido un 3,4% en el primer trimestre, y el número de plazas programadas para este verano será un 9% superior a las del verano anterior.

La semana pasada el servicio de estudios del BBVA apuntaba que España está abandonado el ciclo recesivo, y que nuestra economía, por primera vez desde hace bastantes trimestres, había crecido, aunque muy moderadamente, en el primer trimestre del año.

Asimismo los indicadores adelantados de la OCDE señalaron ayer unas perspectivas favorables para la economía española.

Estos datos apuntan el inicio de la recuperación de nuestra economía. Una recuperación sobre la que trabaja el Gobierno con medidas como las que aprobamos el viernes en el Consejo de Ministros.

Medidas para facilitar el crédito y reforzar la solvencia de las PYMEs, a través de una nueva línea de crédito directo del ICO, dándoles más protección en sus operaciones en el exterior, facilitando que recuperen el IVA de las facturas impagadas, o posibilitando que las empresas en procedimientos de concurso puedan mantener sus contratos con la Administración.

Y también destinamos medidas para impulsar el empleo en el sector de la construcción, a través del fomento de la rehabilitación y la eficiencia energética mediante reducciones en el IVA y deducciones en el IRPF para este tipo de obras.

Obras que pueden realizarse en los 18 millones de viviendas de nuestro parque que necesitan actuaciones de rehabilitación.

En el plano social, aprobamos el IVA súper reducido para la atención a los dependientes, ampliamos la protección a los ciudadanos que sufren un embargo de sus viviendas y eliminamos los impuestos en las ayudas a los trabajadores que utilizan transporte público.

El Decreto aprobado el viernes es fruto de la concertación con los grupos políticos.

La semana pasada también presentamos dos medidas que han sido fruto de la concertación, en este caso con el sector empresarial. El martes presentamos el Plan de Impulso al Vehículo eléctrico. Este plan no habría sido posible sin el concurso de 29 empresas del sector del automóvil que han participado en su elaboración.

La economía sostenible no se construye sólo con leyes, se construye con la colaboración y con la implicación del sector empresarial.

Y el miércoles, también fruto del acuerdo con el sector privado, presentamos el Plan Extraordinario de Infraestructuras.

Este plan es el mayor impulso a la colaboración público privada en infraestructuras que se va a dar en estos momentos en Europa.

Y podemos abordar una inversión de esta magnitud porque vamos a contar con la implicación de los concesionarios, de los constructores, de las entidades financieras, públicas y privadas, y de las asociaciones que representan a todos ellos. Hemos creado un marco estable para la inversión, unas reglas del juego claras y transparentes para inversores y financiadores.

Con el Plan Extraordinario de Infraestructuras conseguiremos estimular la inversión productiva en los próximos tres años para impulsar nuestra recuperación. No estamos ante una crisis cualquiera. No se trata sólo de adelantar la recuperación. La misión del gobierno es impulsar el cambio que va a definir el país que queremos para las próximas décadas. Y es una misión que queremos compartir con todos. Con todas las administraciones, con las Comunidades Autónomas y con los ayuntamientos. Pero también con las empresas y con los trabajadores.

Es una tarea común que requiere reformas continuas. No podemos encarar el futuro acudiendo a fórmulas del pasado. Los errores sirven para aprender de ellos, de lo contrario, no sirven para nada.

Esta crisis nos ha dejado algunas lecciones muy claras. En la esfera internacional, la desregulación de los mercados financieros originó la crisis económica más grave de los últimos ochenta años. Pero también tenemos que aprender la lección interna.

No podemos apostar casi todo a una carta para que nuestra economía crezca. Siempre digo que el sector de la construcción no es ni bueno, ni malo, es absolutamente necesario. Lo malo ha sido el exceso.

Los efectos de la burbuja han ido más allá de dejar decenas de urbanizaciones vacías a las afueras de nuestras ciudades, o a lo largo de nuestras costas.

También han ido más allá de provocar un encarecimiento de los precios que ha dejado a muchos jóvenes sin posibilidad de emanciparse y a casi todos demasiado endeudados. La burbuja inmobiliaria ha perjudicado a elementos vertebrales de nuestro sistema económico.

Al sistema financiero, que ahora tiene que digerir en sus balances una excesiva apuesta por la construcción, restringiendo el crédito a otras actividades productivas.

Un sector que tenemos que reestructurar y, por ello, también en el Decreto del viernes, planteamos nuevas medidas para agilizar y dar más seguridad a los necesarios procesos de integración de nuestras entidades de crédito, entre ellos las fusiones frías. Pero la burbuja inmobiliaria ha dañado también a nuestro mercado de trabajo. Más de un millón de trabajadores empleados en la construcción se han quedado atrapados por el estallido de la burbuja, al carecer de la formación necesaria para ocuparse en otros

sectores. Por eso, cuando proponemos incentivos fiscales para impulsar la rehabilitación estamos también impulsando una alternativa laboral a todos esos trabajadores.

Por tanto la versión española de la crisis, el exceso del sector inmobiliario, ha debilitado la fuerza financiera y laboral de nuestro país. Sabemos en lo que hemos fallado.

No es momento de buscar culpables. Todos hemos contribuido, de una forma u otra, a alimentar los excesos o a no ponerle freno con suficiente determinación. La cuestión ahora es acertar en las respuestas.

Y para acertar en las respuestas tenemos que hacernos las preguntas adecuadas, poner las luces largas y evitar debates estériles. Tenemos que definir cuáles son las grandes cuestiones que van a condicionar nuestro futuro económico.

Una de las grandes cuestiones, la que va a condicionar nuestro modelo de bienestar en las próximas décadas: es el envejecimiento de la población.

Desde que llegamos al gobierno, hemos tenido muy presente que había que afrontar el problema demográfico. La ley de dependencia, el despliegue de la red de guarderías, el llamado cheque bebe, los permisos de paternidad y la necesaria reforma que debemos plantear en nuestro sistema de pensiones tienen su origen en este desafío.

Y la segunda gran cuestión, muy ligada con la anterior, es si queremos un sector público con capacidad financiera para proveer un Estado de Bienestar avanzado y a la vez impulsar la inversión pública en aquellos ámbitos que mejoran la competitividad de nuestro país.

Debemos saber que una parte de nuestro déficit es coyuntural, motivado por las políticas anticíclicas del gobierno para estimular la recuperación y el fortalecimiento de la protección social.

Pero hay otra parte del déficit que tiene un carácter estructural. Porque la alta recaudación generada por la actividad inmobiliaria no volverá a ser la misma de antes.

Por eso, si queremos unos servicios públicos y unas infraestructuras que estén a la altura de los países más avanzados, no podemos tener la presión fiscal más baja de Europa, ni por tanto podíamos seguir teniendo un IVA más bajo que el resto de países europeos.

Cuando hablamos del futuro económico de nuestro país, hablamos de nuestra capacidad de competir en un mundo en donde hay nuevas potencias económicas, pero también nuevas oportunidades, como es el caso de China, India o Brasil, que nos abren una fuente de oportunidad.

Y nuestra capacidad de competir se refuerza actuando por varios frentes:

El primero, el capital humano.

Hablar de educación es hablar de valores, de igualdad de oportunidades, pero sobre todo es hablar de competitividad. Tenemos que formar a las nuevas generaciones para competir por los trabajos que diseñarán, desarrollarán y producirán productos de consumo global.

Y, por eso, necesitamos un sistema educativo conectado con las necesidades de la economía, pensado para el mundo actual y, sobre todo, estable. Motivo por el cual, este gobierno quiere cerrar un pacto por la educación que asegure el progreso y el bienestar de la España del futuro.

El segundo frente es el capital físico, las infraestructuras.

Nuestra apuesta por las infraestructuras tiene como objetivo reducir los costes logísticos de nuestras empresas, que en muchos casos superan a los propios costes laborales.

Estoy dispuesto a asumir el reto de potenciar de una vez por todas el transporte de mercancías por ferrocarril. Ello requiere inversión sí, pero también planificación concertada con todas las Comunidades Autónomas.

No puede ser que sigamos planificando plataformas logísticas sin conexiones con la red ferroviaria de mercancías. No puede ser que nuestros puertos se queden sin oxígeno por no tener una vía de ferrocarril con la que dar salida a sus tráficos.

La nueva Ley de Puertos dotará a nuestros puertos de un marco jurídico estable que refuerce su autonomía y su autosuficiencia económica financiera, y contribuyan de una forma más eficiente al sostenimiento de sectores estratégicos, como la automoción, la pesca o las actividades náutico- deportivas.

Y para racionalizar e impulsar nuestro transporte de mercancías, consensuaremos con todas las Comunidades Autónomas el Plan Estratégico de Transporte Ferroviario de Mercancías en la próxima Conferencia Sectorial que celebraremos en el mes de mayo.

Pero las infraestructuras no son suficientes por sí solas para hacer competitivo a un país.

El tercero: I+D+i

Un país necesita capital tecnológico. Por eso hemos triplicado la inversión pública en I+D+i. Este salto inversor no será suficiente si no estimulamos la participación del sector privado. Por eso, el gobierno ha previsto, en la Ley de Economía Sostenible, aumentar las desgravaciones fiscales a las empresas por estas partidas.

Hemos dado pasos importantes en el refuerzo de nuestro sistema educativo, de nuestras infraestructuras, las de transporte y las tecnológicas, y hemos impulsado la investigación tras años de letargo en nuestro país.

Y estamos llevando acabo una profunda agenda reformista en todo lo relacionado con la energía. La energía ocupa un espacio transversal en nuestra estrategia de economía sostenible. Porque la política energética no sólo es básica para afrontar el mayor desafío que tiene la humanidad: el cambio climático. También condiciona nuestra capacidad de crecer, nuestra balanza de pagos y nuestra política internacional.

España es un país con una enorme dependencia energética, sobre todo de hidrocarburos, que están sujetos a altísimas variaciones de precios que distorsionan nuestro crecimiento

y se localizan además en países altamente inestables. Por eso el gran reto de España es alcanzar mayores cotas de independencia energética, reduciendo el consumo aumentando la eficiencia y el ahorro.

Consiguiendo, por ejemplo, que nuestro sistema de transporte sea menos intensivo en energía. De ahí que uno de mis grandes objetivos como ministro de Fomento sea impulsar el ferrocarril, al que destinaremos el 70% de la inversión del Plan Extraordinario de Infraestructuras.

O propiciando a través de los incentivos a la rehabilitación que nuestro parque de viviendas y los edificios públicos sean más eficiente en el uso de la energía.

Estos son los parámetros sobre los que nos movemos. Nos enfrentamos al reto del envejecimiento de la población, tenemos que asegurar los recursos públicos para mantener nuestro estado de bienestar e impulsar la inversión necesaria para fortalecer nuestro capital físico, humano y tecnológico y a la vez hacer frente al reto energético.

Y todo estas grandes cuestiones están interconectadas. No hay una única salida, no hay recetas mágicas. Estamos en una era de cambios. Ya nada volverá a ser lo mismo. La era de los excesos se ha acabado.

Pero también la época de gastar lo que no se tiene, lo que no se consigue con el esfuerzo o con la innovación. La era del crédito sin control. Es el momento de replantearnos muchas cosas. De hacer más con menos. De poner en marcha nuestra capacidad de innovar. No se trata solo de austeridad. Se trata, sobre todo de eficiencia y cooperación.

La etapa que estamos viviendo, aunque dura para muchos, debemos interpretarla también como una oportunidad para hacer mejor las cosas. España y sus empresas no son una excepción. Pero el Estado tampoco se puede quedar parado.

Lo público tiene que seguir asegurando la cohesión social y la igualdad de oportunidades. Tiene que seguir impulsando la inversión productiva, para contribuir a crear empleos y modernizar el país. Por eso, la eficiencia, junto con la sostenibilidad y la cooperación, es el eje vertebrador de la política económica del Gobierno de España.

Desde el Ministerio de Fomento cumpliremos con nuestra parte, también en el campo de la eficiencia. Siete de cada diez euros del sector público estatal los invierte Fomento. Era lógico, por lo tanto, que a la hora de efectuar este ajuste se nos pidiera que asumiésemos un gran esfuerzo. Y así ha sido.

Este año 2010 el ajuste que llevaremos a cabo dentro del Plan de Acción Inmediata será de 1.760 millones de euros. Y nos vamos a encargar de que este ajuste tenga el menor impacto posible sobre la inversión, pero sobre todo, vamos a aprovechar esta oportunidad para hacer las cosas mejor.

Hemos hecho una revisión exhaustiva de todos los programas y políticas de gasto con un objetivo fundamental: ser más eficientes. Para asegurarnos de que cada euro gastado se traduce en infraestructuras más funcionales y en servicios de transporte más eficaces.

Para ello, reformaremos las estructuras de funcionamiento del Ministerio y de sus empresas y racionalizaremos las organizaciones para buscar sinergias y utilizar mejor nuestros recursos, materiales y humanos.

Mejoraremos los pliegos de estudios, proyectos y asistencia técnica a la dirección de obra para limitar la repercusión de los modificados al 10% del presupuesto inicial e introducir así, más eficiencia y certidumbre en la planificación de la obra pública.

Aplicar los principios de máxima austeridad y eficiencia nos llevará también a ser muy cuidadosos en la selección de las actuaciones.

Priorizaremos las infraestructuras más necesarias, es decir aquellas que sean más sostenibles y que aporten más competitividad a nuestra economía y a la cohesión de nuestro territorio. Y en función de estos criterios vamos a marcar nuestras prioridades, tratando de concertarlas con las Comunidades Autónomas, y respetando los compromisos que he acordado con sus Presidentes.

Si no ejercemos una cooperación responsable entre todos, estaremos lastrando las posibilidades de anticipar la salida de la crisis y salir reforzados como país. Desde el Gobierno somos conscientes de las dificultades, pero vemos el futuro con confianza.

Crear que las cosas pueden mejorar, no es ser un iluso, es conocer el potencial de este país. España lleva ya 30 años de grandes transformaciones, y estamos, por tanto, sobradamente preparados para afrontarlas.

Pero la administración del Estado no puede hacerlo todo sola. Podemos hacer mucho, pero no todo. El Estado de las Autonomías, necesita de todas sus administraciones para las grandes transformaciones. No se gana nada con la pelea permanente. No es tiempo de buscar excusas, es tiempo de aportar argumentos.

Tras el Decreto de Zurbano, el Gobierno sigue trabajando para tejer una red de acuerdos en todos los ámbitos: en políticas de industrialización, en política energética en educación, en la planificación de infraestructuras...

Y en el ámbito del Diálogo Social, estamos llevando a cabo las negociaciones para la reforma del mercado de trabajo.

Y desde mi propia experiencia, como Ministro de Fomento, estoy seguro de que lo podemos conseguir. Llegando a acuerdos encontraremos mejores soluciones y sobre todo alimentaremos nuestra confianza. Porque generar confianza es clave para consolidar la recuperación económica.

El pasado domingo, se publicó una encuesta en el Diario El País, que contenía datos muy significativos sobre el divorcio existente entre la percepción que los ciudadanos tienen de la situación económica global y de la suya particular.

La mayoría de los encuestados consideraba que la situación económica de España era regular, mala o muy mala, mientras que también la mayoría consideraba que su situación económica familiar era regular, buena o muy buena.

Invertir esta percepción y que los ciudadanos vuelvan a la senda de la confianza en nuestra economía es condición necesaria para que se reactive el consumo y la inversión, para volver a crecer. Porque hay razones para la confianza.

La posición de España en el mundo hoy no tiene nada que ver con la que teníamos cuando estrenamos nuestra democracia. Hoy España forma parte del G20, el órgano de decisión internacional más relevante en la actualidad.

Y gracias al importante esfuerzo inversor que nuestro país ha realizado en las últimas décadas, hemos creado un tejido empresarial que es líder mundial en el sector de las infraestructuras del transporte.

Un ejemplo de ello es como la Alta Velocidad Española se está constituyendo en un referente a nivel mundial, por el alto nivel de su tecnología y por la capacidad de los técnicos y empresas españolas al haber desplegado un sistema de transporte avanzado en tan corto espacio de tiempo.

Lo que quiero decir es que el éxito depende de nosotros mismos. Pero primero tenemos que creérnoslo. Porque tenemos las mayores ventajas comparativas de nuestra historia:

La generación de españoles mejor formada, las empresas multinacionales más poderosas y el estado del bienestar más potente y solidario que hemos tenido nunca.

La confianza en nuestras posibilidades como país no es deslocalizable. Nuestro talento y capacidad de trabajo será competitiva en cualquier mercado siempre. Es cuestión de tener la madurez suficiente para creer en nosotros mismos. Por eso no veo razones para el pesimismo. Nuestra historia reciente es un ejemplo de progreso.

España, si ha demostrado algo, es su capacidad para digerir y liderar los cambios. Por eso estoy convencido, de que una vez más, estaremos a la altura de los tiempos. No es momento de temer el futuro, es momento de darle forma.